

## PINCELADAS DE BASCONIA



### LA CASERA

Apenas apunta el alba. La estrella matutina aparece en el horizonte como antorcha refulgente que irradia sobre la naturaleza toda. Nuestra casera eleva una sentida plegaria ofreciendo al Señor sus obras del día; y besando con sus sonrosados labios á los pequeñuelos que todavía duermen su tranquilo y dorado sueño, sale contenta y llena de alegría con su redonda cesta cargada del *tratuba*.

En su imaginación, calcula el producto que obtendrá de sus humildes ventas; en su corazón se alberga la alegría que le produce el recuerdo de su familia, de la felicidad en que viven y de la paz que reina entre ellos; en su rostro hermoso y sonrosado se refleja aquella pureza de sentimientos, aquella bondad y entereza de ánimo que tanto enaltece á la mujer bascongada.

Miradla; miradla.... qué airosa y sonriente corre y pasa por los caminos y veredas, por los montes y los prados, por las cuestas y bajadas; no importa que lleve sobre su cabeza un quintal de carga; con su acento dulce y melodioso, más que el murmullo de las selvas y el gorjeo de los pájaros, y el canto del rruiseñor y el deslizar tranquilo de cristalinas aguas, os dirá si os ve pasar á su lado, ese *ariyo* tan expresivo en la cadencia del idioma euskaro.

Limpia y aseada, con los piés desnudos y el delantal recogido, con su *burutia* y faldas cortas llega con paso firme al mercado, allí en donde se encuentra con sus vecinas, con sus amigos y con todas las demás caseras que ocupan un puesto donde vender las *perrejillak*, *azak*, *porrubak*, etc., etc., sin que para ello sea obstáculo ni la crudeza del tiempo, ni los truenos y relámpagos, ni las nieves y los

hielos, ni los más intensos fríos, ni las largas caminatas, ni las inaccesibles montañas, ni el cansancio, ni las molestias, en fin, todo es para ella nada, con tal de seguir su tradicional costumbre.

Pronta está para llamar á la primera señora que divisen sus relucientes ojos y pedirle un tanto por su mercancía batallando cuanto pueda por sacar el mayor fruto posible, hasta llegar al proverbial *iški-ñiya egin beza bada*, en cuyo momento venden al precio que la compradora les ofrece.

Ya desde esta venta, parece su ánimo se recrea á la vista de unos cuantos céntimos y con la alegría en su espíritu concluye por vender cuanto tiene y vuelve al caserío que tan de madrugada abandonó.

Ya llega y cuenta á los suyos cuanto le ha ocurrido y los productos que ha obtenido, mostrando los pocos céntimos que lleva á los pequeñuelos y demás de la familia que regocijados y contentos la contemplan en derredor.

No transcurren muchas horas sin que ayude en las faenas del campo, llevando cestas cargadas de un lado al otro, ocupándose acaso en las más difíciles tareas y manejando la azada con la agilidad de un hombre robusto y fornido; y esto aunque es pasmoso y admirable es general en la casera bascongada, muy especialmente en los pueblos y aldeas.

Concluidas las labores, la casera se dirige á su familia, á sus pequeñuelos, entablando animadas y chispeantes conversaciones que duran hasta poco más del anochecer, que es cuando se retiran al rezo de fervientes oraciones y al canto arrullador, tradicional y simpático del *lo... lo...!*

¡Dichosa Euskeria, que todavía conservas en tu seno á estos seres privilegiados que tan gentilmente llevan impreso en su natural el sello del país bascongado!

Son los que todavía no han plegado la gloriosa bandera de nuestras venerandas tradiciones. Los que se hacen admirar aún de extraños enemigos; y... quién sabe si la Providencia los conserva como elocuentes ejemplos de algo superior que subsistirá siempre!

ADRIÁN DE LOYARTE.

